

La liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística: las dos partes, igualmente importantes, de la misa

Gracias al Concilio Vaticano II la palabra de Dios recuperó su importancia en la celebración, teniendo presente que «la Iglesia siempre ha venerado las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor» (*Dei Verbum* 21).

Desde entonces, la misa pasó de tener tres partes (ofertorio, consagración y comunión, precedidas de una ante-misa formada por la liturgia de la palabra) a tener dos partes: liturgia de la palabra y liturgia eucarística (cf. SC 56). Éstas son llamadas por la *Ordenación General del Misal Romano* las dos mesas de la eucaristía: la mesa de la palabra y la mesa del cuerpo de Cristo (cf. núm. 28). Ambas partes -palabra y sacramento- han estado presentes en la celebración eucarística desde los inicios. Así, ya figuran, en cierta manera, en el primer relato que nos ofrece el Nuevo Testamento de una celebración eucarística: el encuentro de los discípulos de Emaús con el Resucitado, donde Jesús «comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura ... cuando se puso a la mesa con ellos con ellos tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio» (cf. Lc 24, 27. 30).

La liturgia de la palabra y la liturgia eucarística se sitúan al mismo nivel ya que en ambas está presente Cristo: en la liturgia de la palabra es Cristo quien anuncia su buena nueva cuando se proclama el evangelio; en la liturgia eucarística Cristo nos ofrece su cuerpo y su sangre como alimento en el pan y en el vino (cf. SC 7). Ya lo afirmaba san Jerónimo (†420): «Yo considero el Evangelio como el cuerpo de Jesús. Cuando él dice “quien come mi carne y bebe mi sangre”, éas son palabras que pueden entenderse de la eucaristía, pero también, ciertamente, son las Escrituras verdadero cuerpo y sangre de Cristo» (*Comentario al salmo 147*).

Por ello hay entre estas partes esenciales que forman la misa paralelismos rituales:

- * Tanto la liturgia de la palabra como la liturgia eucarística, se desarrollan en un lugar específico: la primera en el ambón y la segunda en el altar.
- * El altar donde se celebra la liturgia eucarística está adornado con velas y también la proclamación del evangelio se acompaña con velas.

- * Las flores adornan el altar y el ambón.
- * Un paño cubre el ambón y un mantel el altar.
- * El Evangelíario es incensado y también se inciensa el altar y las especies consagradas durante el relato de la institución.
- * El saludo litúrgico («El Señor esté con vosotros») precede a la proclamación del evangelio y también inicia la plegaria eucarística, anunciando en ambos momentos que Cristo se va a hacer presente en la celebración.
- * El sacerdote pide a Dios ser purificado antes de proclamar el evangelio, cuando inclinado ante el altar recita en silencio la plegaria «Purifica mi corazón y mis labios, Dios todopoderoso», e igualmente antes de iniciar la plegaria eucarística, cuando se lava las manos mientras dice «Lava del todo mi delito, limpia mi pecado».
- * El sacerdote en ambas ocasiones pide la intervención del Espíritu Santo: en la liturgia de la palabra el sacerdote recita una oración como preparación a la proclamación del Evangelio inclinado ante el altar, gesto que tiene sentido epiclético, donde pide el impulso divino, «para que anuncie dignamente tu Evangelio», dice textualmente; y en la liturgia eucarística impone las manos sobre el pan y el vino pidiendo que el Espíritu los transforme en el Cuerpo y la Sangre de Jesús diciendo: «te rogamos que este mismo Espíritu santifique estas ofrendas, para que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor» (Plegaria eucarística IV).
- * Finalmente, en ambas tiene una centralidad el altar: de éste se toma el Evangelíario para ofrecer a los fieles la buena noticia recogida entre sus páginas y también del altar se toma la patena con el pan consagrado para distribuirlo a los fieles.

A pesar de todo, en nuestras celebraciones sigue teniendo mucho más peso la segunda parte de la eucaristía, la que gira en torno a la consagración y distribución de la comunión, que la liturgia de la palabra. Siguen siendo válidas, pues, las palabras que san Cesáreo de Arlés (†542) dirigía a sus fieles pidiéndoles que valoraran y acogieran la palabra de Dios que se leía en la celebración eucarística: «Toda la solicitud que observamos cuando nos administran el cuerpo de Cristo, para que ninguna partícula caiga en tierra de nuestras manos, ese mismo cuidado debemos poner para que la palabra de Dios que nos anuncian no se desvanezca de nuestro corazón, hablando o pensando en nuestras cosas. No tendrá menor pecado el que oye negligentemente la palabra de Dios, que aquél que por negligencia deja caer en tierra el cuerpo de Cristo» (Sermón 78, 2).

 **JOSÉ ANTONIO GOÑI**